



ALEXANDRE
DUMAS

LOS CUARENTA
Y CINCO

Trece años después de la sangrienta Noche de San Bartolomé, cuarenta y cinco hombres son llamados por el duque D'Épernon para formar la guardia del rey, destinados a cumplir una misión que ninguno conoce a ciencia cierta. El monarca, Enrique III, que no ha podido calmar los enfrentamientos políticos y religiosos que perturban el reino de Francia, ha perdido a sus *mignons* más queridos y languidece de tristeza y de aburrimiento en su corte; mas no hay lugar para la calma. Los Cuarenta y cinco pronto se verán involucrados en las intrigas de la corte y jugarán un importante papel en los sucesos que convulsionan el París de la época. Basada en hechos y personajes reales, Dumas narra en Los Cuarenta y cinco estos acontecimientos históricos cerrando así la trilogía de los Valois inspirada en las guerras de religión, a la que preceden *La reina Margot* y *La dama de Monsoreau*.

Prólogo

De mayo a octubre de 1847, Alexandre Dumas y Auguste Maquet publicaron en *Le Constitutionnel*, día tras día, *Los Cuarenta y cinco*, el tercer volumen de la trilogía de los Valois y de las guerras de religión en Francia. Precedida de *La reina Margot* y de *La dama de Monsoreau*, esta obra es en cierta manera una continuación de ambas, pues se mantienen algunos de los personajes del segundo volumen y recupera otros del primero.

Retomemos, pues, los capítulos finales de *La dama de Monsoreau*. Con las escenas de la muerte de Bussy y, después, las del duelo entre los *mignons* del rey y los favoritos del duque de Anjou, se cierra el libro, con el estremecimiento y el espanto de tanta sangre derramada. Pero Dumas no nos abandona en la tragedia, pues en los últimos párrafos del último capítulo, teniendo como sujetos principales al ínclito Gorenflot y al histriónico Chicot, no deja de ofrecernos la posibilidad de una sonrisa y la recuperación de la comedia, de la farsa, del gozo del buen beber y del buen comer en esa tradición rabelaisiana a la que Dumas nos tiene acostumbrados, él mismo amante de la buena vida y de la buena mesa. Porque Dumas no sólo fue un *bon vivant*, sino también un estudioso de la gastronomía. Baste recordar las veces en las que incluye en sus obras los nombres de Lúculo, la cena de Baltasar, Trimalción y Vitelio entre otros, y el interés por los menús, las comilonas y los banquetes, ya sea a propósito de Gorenflot y Chicot, o en *El conde de Montecristo*, de los banquetes que el conde

ofrece en París, por ejemplo. El lector puede hojear, sólo por placer, su exuberante *Diccionario de cocina* para constatar ese amor y devoción por los manjares.

En este tercer volumen la acción transcurre supuestamente entre 1585 y 1586, pues Dumas inicia, como siempre, su primer capítulo fijando la fecha: «El 26 de octubre del año 1585, las barreras de la puerta Saint-Antoine, contra toda costumbre, se encontraban aún cerradas a las diez y media de la mañana». Y en el título de uno de los capítulos menciona el año 1586. Sin embargo, sabemos que Dumas mezcla alegremente las fechas de los acontecimientos, estirando o encogiéndolo el tiempo según convenga a sus recursos novelísticos. Y a pesar de no ajustarse a ellas, ese gran fresco histórico de la Europa del XVI que nos describe es sumamente válido. Porque no sólo se refiere a Francia, esa Francia desgarrada por las guerras de religión, ocho guerras entre hugonotes y católicos que van desde 1560 hasta el edicto de Nantes de 1598. A través de la trama, o más bien, de las diferentes tramas, Dumas nos ofrece una visión general de lo que ocurría en toda Europa: de Flandes y su sublevación contra Felipe II; de Inglaterra, que se suma en la defensa más o menos velada de los sublevados de Flandes; de Navarra y Francia; de Lorena, Escocia, Saboya...

En *Los Cuarenta y cinco* nos encontramos en la corte de Enrique III, en la que el rey ha perdido a sus *mignons* más queridos, y en la que, ausente también su bienamado Chicot, languidece de tristeza y de aburrimiento. Históricamente sabemos que, como relata la novela, sólo dos favoritos brillan en esa época en la corte, llamados por los cronistas los *archi-mignons*: D'Épernon, supuestamente el menos amado por el rey, a quien sin embargo llena de favores, de títulos y de cargos, y los hermanos Joyeuse, si bien entre estos sobresale Anne, el primogénito, nombrado gran mariscal de Francia, y su hermano Enrique du Bouchage. Volveré más tarde sobre estos personajes.

Se ha mencionado la mezcolanza de fechas, pero, por los acontecimientos que relata, podemos situarnos en los primeros años de la década de 1580; entre 1580 y 1584, pues hay dos acontecimientos clave que tienen lugar en 1584, como son la muerte del duque de Anjou, ocurrida en Chateau-Thierry el 10 de marzo de 1584, y la muerte por asesinato del duque de Orange, episodio que sucede el 10 de julio de 1584, no recogido por Dumas, sino indirectamente, al citar al futuro asesino (capítulo LXIII). Sí que habría al menos dos hechos mencionados en la novela que se situarían más allá de 1584: la creación de la guardia personal del rey, de la que se hablará más adelante, es decir, los Cuarenta y cinco, y ese espléndido capítulo XLIII en el que Dumas nos deleita con el frustrado complot de la duquesa de Montpensier para secuestrar al rey. Parece que ese episodio ocurriría hacia 1588, momento en el que la hermana de los Guisa, conocida como *La furia de la Liga*, llevaba colgadas en su cintura las famosas tijeras de oro con las que pensaba tonsurar al rey y recluirlo en un convento, pues odiaba a Enrique III con todas sus fuerzas, y a su favorito D'Épernon, por los inmensos favores y títulos que este recibía de la Corona. En efecto, Catherine-Marie de Lorraine (1552-1596), hermana de los Guisa, duquesa de Montpensier por matrimonio, es un personaje muy atractivo para los narradores. Emparentada con los Borbón por su casamiento cuando tenía dieciocho años con un príncipe de sangre, Louis de Bourbon, cuarenta años mayor que ella, y viuda a los treinta años, es una de las grandes activistas de la Liga, tal como nos la presenta Dumas en *Los Cuarenta y cinco*, y que ya nos mostró en *La dama de Monsoreau*. De carácter cáustico e intrigante, según cuentan los cronistas de la época, supuestamente para hacer frente a las burlas que ocasionaba entre sus enemigos su débil cojera, acució a sus hermanos a tomar el poder, poder que casi consiguen, sobre todo en París, en la conocida como Jornada de las barricadas (12 y 13 de mayo de 1588), revuelta parisina de la

que ella, «verdadero ministro de propaganda de la Liga», según expresión de Éliane Viennot^[1], fue una de las principales instigadoras.

Por todo esto, y porque cae tan bien el apuesto y noble vizconde Ernauton de Carmainges, es una pena que Dumas no desarrollara más ampliamente la intriga amorosa que mantuvieron este joven gascón y la duquesa rebelde. ¿Nos quedaremos sin saber qué fue de ese romance? Posiblemente Dumas lo dejara para un cuarto volumen, en el que realmente cerrara estas guerras de religión novelándonos esos años de 1585 a 1589, en los que los acontecimientos se precipitaron, y en los que la participación de esa guardia personal de Enrique III, creada por D'Épernon, cobró verdadera importancia con el asesinato de Enrique de Guisa y el de su hermano el cardenal, en la Navidad de 1588, asesinatos en los que los Cuarenta y cinco intervinieron directamente; así como el posterior regicidio de Enrique III, en 1589, a manos del dominico Jacques Clément, apresado y dado muerte de inmediato por esa guardia personal del rey.

Al novelista, creador de personajes e historias, se le permite, pues, jugar abiertamente con las fechas, incomodar un poco a los historiadores, privilegiando sus propias tramas novelísticas en detrimento de la exactitud histórica. El mismo Dumas nos lo recuerda, y así se señaló en la introducción a *La dama de Monsoreau*, texto que retomamos ahora en el capítulo LXIII de *Los Cuarenta y cinco*: «No tenemos la pretensión de ser historiadores; si a veces llegamos a serlo es cuando por azar la historia desciende al nivel de la novela, o mejor aún, cuando la novela se eleva al nivel de la Historia».

Al lector interesado en la historia puede servirle de acicate reconstruir cada uno de los sucesos que narra Dumas en la novela. Se puede poner como ejemplo el ajusticiamiento de Salcedo o Salcède porque es el primer hecho que el autor nos plantea en el primer capítulo de la novela.

Pierre de l'Estoile (1546-1611) relata en su *Régistre-journal du règne de Henri III, tome IV (1582-1584)* que en agosto de 1582, Balduin, Salcedo y otros conspiradores fueron descubiertos y castigados. Al parecer, pretendían atentar contra el duque de Anjou. Unos 30 españoles murieron, todos ellos instigados por el duque de Parma, a la sazón gobernador de los Países Bajos. El 26 de octubre de 1582, Nicolás Salcedo, francés, hijo de un español, fue juzgado y condenado a «d'estre tiré à quatre chevaux». Anota también la presencia del rey y de las reinas en ese descuartizamiento: la reina madre Catalina de Médicis, y Louise de Vaudemont, esposa de Enrique III: «Le roy et les roynes assistèrent à l'exécution, en une chambre de l'Hostel-de-la-Ville, exprès accoustrée et parée pour eux, et y firent venir le président Brisson et le conseiller Charrier» según el libro *L'exécution publique à Paris au XVIII^e siècle. Une histoire des rituels judiciaires*, que menciona al cronista L'Estoile^[2]. En esta obra se escenifica en una litografía el descuartizamiento de Salcedo en la plaza de Grève en París. Dumas hace coincidir esa fecha, aunque no el año, con la llegada a París de esos cuarenta y cinco gascones que vivirán en el Louvre y formarán esa guardia personal del rey, reclutados por el duque D'Épernon de entre la pequeña nobleza del sur.

En este tercer volumen de la trilogía constatamos una dispersión del argumento principal debido a las diferentes tramas que surcan la novela, mientras los personajes van y vienen del sur al norte y viceversa, teniendo siempre como centro geográfico París, y el Louvre, claro está, donde encontramos al rey Enrique III, triste y envejecido, aburrido más bien, por la ausencia de Chicot y de sus *mignons*; y París y sus burgueses, y a la Liga, y a los Guisa, amenazantes como en los dos primeros volúmenes de la trilogía. Entre los que vienen, por supuesto, están esos cuarenta y cinco gascones, que llegan a las puertas de París el mismo día de

la ejecución de Salcedo. La instalación de los mismos en el Louvre, con toda esa minuciosa descripción de prendas y de caracteres, descripción, por cierto, desaprovechada a lo largo de la novela, pues poco o casi nada intervienen en ella, salvo Ernauton de Carmainges y Sainte-Maline, que dan título cada uno de ellos a sendos capítulos y que son, además, protagonistas en algún capítulo más. «Les coupejarretz de la bande du seigneur D'Épernon» los llama el memorialista de la época Jacques Cororguy. Beauvais-Nangis (1582-1650) los describe como «des créatures des ducs D'Épernon y de Joyeuse, à quy le Roy donnoit mille écus de pension». Stafford, el embajador inglés en la corte francesa, afirma que los *taillagambi* son principalmente gascones reclutados tanto por Joyeuse como por D'Épernon para la seguridad del rey y de ellos mismos, pues temen una sublevación en París, y L'Estoile: «certain nombre de gentilshommes appointés, armés, à l'entour de sa personne jour et nuit»^[3].

El número no es aleatorio, pues cuarenta y cinco eran los gentilhombres asignados al servicio de cámara del rey. Esta tropa sería, pues, una especie de contragentilhombres, cuyo servicio no tenía carácter doméstico, sino militar, pero con derecho a entrar en los aposentos del rey. Costaban diez veces más que una compañía ordinaria de cien hombres, lo que motivó las quejas presentadas en los Estados Generales de 1588 pidiendo su disolución, algo a lo que no accedió el rey. La tropa se organizó en diciembre de 1584, y en enero de 1585 la lista con todos sus nombres se dio a conocer. No todos los nombres han llegado hasta nosotros y, por supuesto, Dumas, aun respetando los de los más relevantes, pone nombre y carácter a aquellos que le interesan para su novela. Como siempre mezcla lo real con lo verosímil, resultando en la mayoría de los casos más verídico de lo que normalmente se cree. Los historiadores contemporáneos se esfuerzan por encontrar la lista completa de los cuarenta y cinco, pero dada la naturaleza de esa guardia

de corps creada por D'Épernon, formada por miembros de la pequeña nobleza del sur que eran pagados directamente por él, parece imposible hallar documentos de la época que los revelen^[4].

Pierre-Jean Souriac, *maître de conférences* en Historia moderna de la Universidad de Lyon, a quien tengo que agradecer su amabilidad al indicarme bibliografía referida a los Cuarenta y cinco, explica cómo se formó esa pequeña nobleza del sur, ya en tiempos de Francisco I con las guerras de Italia. Los dos *archi-mignons*, Épernon y Joyeuse, pertenecían también a esa nobleza^[5]. Dumas nos da un ejemplo en *La dama de Monsoreau*, referente al castillo de Méridor y al padre de Diana, el barón de Méridor^[6].

En una segunda trama, la de los personajes que se dirigen al sur, de nuevo encontramos a Chicot, al que Dumas resucita transformándolo, en una especie de avatar, en Robert Briquet o en La Sombra, siempre al servicio de su rey. Igualmente, otra vez tropezamos con el extraño matrimonio de Margot y Enrique de Navarra con toda su corte de enamorados, a los que Dumas casi había abandonado desde el primer volumen *La reina Margot*^[7]. Navarra resulta imprescindible en esta trilogía de los últimos Valois, puesto que significa un cambio de dinastía, que cierra al mismo tiempo las guerras de religión entre católicos y hugonotes. Y un poco más al sur, España, a la que Francia sigue mirando de reojo, con temor y con respeto, intentando arreglar los entuertos del duque de Anjou en Flandes.

Y finalmente hay una tercera trama, la más inquietante de la novela, la de Flandes, la de Guillermo el Taciturno y el duque de Anjou, y ese misterioso personaje que el lector puede reconocer aunque el autor no lo cite; a ellos se les unen los Joyeuse, y esa sonámbula pareja, la de Diana y Rémy, como fantasmas que regresan de *La dama de Monsoreau*: la trama de los que van de París a Flandes. Y aquí es donde encontramos el lado más oscuro de Dumas: el de

los secretos, la alquimia, los venenos y hasta el terror, pues no hay nada que infunda mayor espanto que esa determinación, esa voluntad de hierro para forjar y llevar a cabo una venganza, a veces, incluso *malgré soi*, y casi siempre arrollando en esas vengativas acciones a seres inocentes o nobles sentimientos. Nos referimos a la dulce Diana de *La dama de Monsoreau*. No obstante, ahora ya no se hace querer tanto, ahora que su dulzura, su inocencia, su juventud, correteando por los bosques de su hermoso castillo de Méridor, su gran historia de amor, se han difuminado; ahora que resulta irreconocible transformándose en esa dama oscura, vengativa e inexorable, que maneja el veneno, el crimen, el dolor, tan aparentemente insensible a todo lo que no sea el cumplimiento de esa promesa de muerte, y tan cruel y despiadada, tan impasible ante el sufrimiento del pobre enamorado Du Bouchage.

—Ves —dijo el duque—, ahora me siento más dueño de mí mismo para analizar mis sensaciones: esa mujer es bella, pero bella a la manera de una muerta, bella como una sombra, bella como las figuras que uno ve en sueños; también, me parece que es en mis sueños donde la he visto —continuó el duque—; he tenido dos o tres sueños espantosos en mi vida, y que me dejaron una especie de frío en el corazón. Pues bien, sí, ahora estoy seguro, es en mis sueños donde he visto a la mujer de ahí arriba. (Cap. LXXV).

Esta es la Diana con la que nos encontramos en este tercer volumen, tan enigmática e implacable como la ve también Anne de Joyeuse en el capítulo XC:

Joyeuse no había dejado de contemplar a Diana; el fuego de sus miradas todopoderosas se había infiltrado hasta el fondo de su alma, igual a esos chorros de fuego volcánico que funden el bronce de las estatuas sólo con pasar junto a ellas.

Ese rayo había devorado toda materia en el corazón del almirante; sólo el oro puro hervía en él, y ese corazón resplandecía como el crisol bajo la fusión del metal. [...]

—¡Oh! —exclamó al fin Joyeuse apretándose furiosamente el corazón con una mano crispada—; ¡oh!, tened piedad de mi hermano, ¡tened piedad de mí! ¡Estoy ardiendo!, ¡esa mirada me devora!... ¡Adiós, señora, adiós!...

En esa última trama, a pesar de ser un personaje digno de estar en todas y el mismo Dumas nos lo retrata una y otra vez a lo largo de toda la saga de los Valois, nos encontramos al malogrado duque de Anjou. Derrotado, desdichado, desafortunado, François d'Alençon, más tarde d'Anjou, era el último hijo de Catalina de Médicis y de Enrique II, que nació en 1555 y murió, posiblemente de tuberculosis, el 10 de junio de 1584, dejando 300 000 escudos de deuda, motivo por el que Michaud apunta que murió «llorado sólo por sus acreedores»^[8]. ¡Pobre Hercule!, pues ese fue el nombre con el que lo bautizaron, a pesar de que desde su nacimiento no era ya especialmente fuerte. A la muerte de su hermano mayor, Francisco II, tomó el nombre de este^[9] y desde su más tierna infancia parece que la única que lo amó fue su hermana Margot, como ella misma cuenta en sus memorias. Turenne, que lo acompañó a Flandes siendo después lugarteniente de Enrique de Navarra, lo describe como «l'un des plus laids hommes qui se voyaient». Desfigurado a causa de *la petite vérole*, circulaban unas estrofas sarcásticas sobre su deformidad física, sobre todo al regreso de su estrepitoso fracaso en Flandes^[10]. Nostradamus había prometido a Catalina de Médicis que todos sus hijos reinarían, y tal vez fue la obsesión por este vaticinio lo que le llevó a la búsqueda incesante de Coronas para todos ellos, quizá queriendo evitar lo que realmente ocurrió: las sucesivas muertes de los hermanos en plena juventud, que resultó ser la única fórmula para ir heredando el reino de Francia unos de otros. En el caso del

duque de Anjou, que no llegó a reinar, se fueron malogrando los sucesivos intentos de conseguirle un reino. Se frustró el pretendido matrimonio con Isabel I de Inglaterra, 22 años mayor que él, así como las sucesivas empresas que fueron fracasando una y otra vez. Se enfrentó a sus propios hermanos a lo largo de las guerras de religión; se puso a la cabeza de *les politiques*, partido humanista que surgió de la burguesía, y de *les malcontents*, que agrupaban a parte de la nobleza que buscaba compartir el poder absoluto del rey. Se alió con Navarra o no, dependiendo de las circunstancias; y también unas veces sí y otras no con Guillermo el Taciturno. Y aunque al final consiguió de su hermano Enrique III todos los títulos de nobleza posibles, hasta 22, además del de «fils de France et frère unique du roi», no se dio por satisfecho.

La devastadora derrota en Flandes proporcionó a Dumas, y a nosotros como lectores, buen material para unos escalofriantes capítulos. Si en *La reina Margot* teníamos que apartarnos un poco para que no nos salpicase la sangre o para que no nos embistiese el jabalí^[11] y en *La dama de Monsoreau* la muerte de Bussy y el duelo de los *mignons* son ejemplo de descripciones de Dumas, llenas de trágico y sangriento realismo, en *Los Cuarenta y cinco* destacan los capítulos en los que el agua y el fuego (caso del estremecedor capítulo LXVI y siguientes) determinan una terrible batalla naval en la que estallan los barcos y en la que marinos, jinetes y caballos se ven arrastrados por el agua a una muerte segura.

No me resisto a terminar esta trilogía sin citar aunque sea someramente a todos esos personajes históricos del siglo XVI, a invitar al lector a que eche una mirada entre curiosa y amable a todos esos jóvenes, históricos o imaginados, o a aquellos de carne y hueso, que merecieron la atención del novelista recreándolos en una vida literaria y que así llegaron hasta nosotros. A que pasee un poco la mirada sobre esa corte de Catalina de Médicis, quien procuró una educa-

ción esmerada en las artes y en las letras, una formación renacentista, en suma, con los mejores preceptores de la época, no sólo a sus hijos, sino a los niños que vivían en la corte, como Enrique de Navarra, los Guisa, María Estuardo y otros. Y luego, podemos detenernos en los *mignons*, los favoritos, que acompañaron a los príncipes a las guerras o se vieron implicados en los mismos escarceos amorosos. Esas familias de numerosos hermanos, como los Guisa, los Borbón, los Joyeuse, entre los que nunca faltó un obispo o un cardenal, además de mariscales de Francia, etc., o ese adorable Enrique du Bouchage, por ejemplo, que fue un verdadero compañero privado del rey, a quien acompañó siempre y sobre el que ejerció una verdadera influencia en asuntos religiosos. Históricamente sabemos que él mismo tomó los hábitos como fraile capuchino a la muerte de su esposa Catherine de la Valette, hermana del duque D'Épernon, volviendo más tarde a la vida civil para unirse a la Liga Católica en 1592, aunque acabó negociando con Enrique IV, ya rey de Francia, quien le nombró mariscal. Sin embargo, más tarde volvió al convento de capuchinos convirtiéndose en un gran predicador con aspiraciones místicas. Sus contemporáneos lo describen como alguien desinteresado por las contingencias materiales y mundanas, a pesar de su prosperidad^[12]. Y otros personajes también, tan atractivos como Guillermo de Orange o Alejandro Farnesio o el mismo don Juan de Austria, de quien el historiador Manuel Fernández Álvarez dice de él que fue «acaso la figura más atractiva de la corte filipina»^[13]. Vidas atractivas y muertes tempranas para la mayoría de ellos. Sólo D'Épernon, por ejemplo, vivió todo el reinado de Enrique IV y de Luis XIII, muriendo en 1642 con ochenta y ocho años. Un siglo XVI, en suma, cargado de acontecimientos, en el que camina la Edad Moderna en Europa, la patria común de nuestra civilización occidental.

Pilar Ruiz Ortega

Bibliografía

- ARROUS, M. (dir.), *Dumas, une lecture de l'Histoire*, París, Maisonneuve et Larose, 2003.
- BASTIEN, P., *L'exécution publique à Paris au XVIII^e. Une histoire de rituels judiciaires*, Seyssel, Champ Vallon, 2006.
- BRANTÔME, P. de Bourdeille, seigneur de, *Oeuvres Complètes*, París, Foucault, 1823.
- CROUZET, D., *Les guerriers de Dieu: violence aux temps de troubles de religion*, Seyssel, Champ Vallon, 1990.
- D'AUBIGNÉ, T. A., *Les Tragiques*, París, P. Jannet, 1857.
- , *Histoire Universelle*, A. de Ruble (ed.), París, Société de l'Histoire de France, 1886-1897, 9 vols.
- DE VALOIS, M., *Mémoires* [1971], París, Mercure de France, 1986.
- DUQUENNE, F., *L'entreprise de duc d'Anjou aux pays-Bas de 1580 à 1584*, Villeneuve-d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 1998.
- FRIEDA, L., *Catalina de Médicis, una biografía*, trad. de O. Castillo, Siglo XXI de España, Madrid, 2003.
- JACOB, P. L., *Romans relatifs à l'Histoire de France, aux XV^e et XVI^e siècles*, París, A. Desrez, 1838.
- L'ESTOILE, P., *Régistre-journal du règne de Henri III*, vol. IV (1582-1584) y V (1585-1587), M. Lazard y G. Schrenck, Droz, 2001.
- LE ROUX, N., *La faveur du roi*, Seyssel, Champ Vallon, 2000.

- LUCINGE, R., «Le miroir des princes et grands de France», en *Annuaire-bulletin de la Société de l'Histoire de France*, A. Dufour (ed.), 1954-1955.
- SAUZET, R., *Henri III et son temps*, Centre National de la Recherche Scientifique, París, J. Vrin, 1992.
- SOURIAC, P.-J., *Les affrontements religieux en Europe du début du XVI^e siècle au milieu du XVII^e siècle*, París, Belin, 2008.
- THOU, J.-A. DE, *Histoire Universelle depuis 1543 jusqu'en 1607*, Londres, 1734.